

A close-up portrait of a man with dark, slightly messy hair and a light beard. He is looking directly at the camera with a neutral expression. He is wearing a green button-down shirt over a white t-shirt. The background is a dark, textured grey.

GASTÓN
SOFFRITTI

VOS SÍ
QUE NO
TENÉS
PROBLEMAS

GASTÓN SOFFRITTI

Vos sí que no tenés problemas

¿Quién soy?

—¿QUIÉN SOY?

Me escuché decir en voz alta.

—¿Quién soy?

Repetí. Estaba sentado en mi auto, había manejado unas pocas cuadras desde mi casa y, sin embargo, no podía reconocer nada: ni las calles, ni el barrio, ni mi propio cuerpo, que ahora temblaba, sacudido por un frío que nunca antes había sentido.

—¿Quién soy?

Dije otra vez, ya con desesperación, y lo miré a Martín, que estaba sentado al lado mío. Vi reflejado mi pánico en su cara. Trató de calmarme, pero yo no podía parar. Mi mente era como una pelota de *flipper* que rebotaba para todos lados sin dirección. Abrí la puerta, me bajé del auto y corrí hasta la esquina. Leía los carteles de las calles y me resultaban tan familiares como extraños, no sabía bien para dónde tenía que ir. Volví al auto y le pedí a Martín que

llamara a nuestro amigo Nico. No le di ni tiempo a decir «hola»:

—No sé qué me pasa, boludo, creo que me volví loco.

Hablé tan rápido que no sé cómo hizo para entenderme.

—Te pasó lo mismo que a mí, Gato, te pegaron mal las flores.

Martín me pidió que cambiáramos de asiento, que tratara de calmarme mientras él manejaba. Estábamos yendo a una sala de ensayos a tocar con nuestra banda, Kimera 9 —nunca supe por qué nos llamábamos así, pero no era el momento para pensar en eso—. A medida que las pulsaciones me bajaban y recuperaba la temperatura del cuerpo, traté de entender lo que me había pasado. No se parecía a nada: fue como un *black out*, de un momento a otro. Como si de pronto hubiera entrado a otra dimensión. Ahora, que lo revivo a la distancia, podría compararlo con *Stranger Things*: fue como cruzar a ese lado B en donde todo se ve un poco difuso, con esa leve lluvia de cenizas que enturbia la visión.

Ese día mi vida cambió para siempre. Tenía veinte años. A la mañana siguiente sentí tanto miedo de salir de mi casa y perderme de nuevo, que barajé la posibilidad de llamar al canal para avisar que me sentía mal. Necesitaba quedarme quieto para resolver el

acertijo que se había armado en mi mente. Pero, una vez más, mi excesivo sentido de la responsabilidad fue más fuerte que el miedo. Tenía que cumplir. Afuera recién empezaba la primavera, todavía hacía frío, pero cuando me subí al auto estaba totalmente transpirado. Y aunque claramente eso era una alerta, arranqué. Las primeras cuadras fueron las peores. La pelota de *flipper* rebotaba contra todos los obstáculos de mi cerebro, que estaba a punto de caer en la zona de no retorno, como la noche anterior: no confiaba ni en el Waze. Algo en la *matrix* se había desconfigurado. ¿O algo en mí se había desconfigurado?

Veinte minutos después llegué a los estudios de Telefe en Martínez. Un lugar en el que prácticamente me había criado pero que, en ese momento, me costaba reconocer. La bruma de *Stranger Things* seguía en mi cabeza. Estacioné en una de las cocheras, me bajé del auto y casi temblando caminé por los largos pasillos hasta mi camarín.

Hacía doce años que era actor —había empezado a los ocho— y se suponía que estaba en el mejor momento de mi carrera. Y, también, de mi vida de adulto recién estrenada: ganaba lo suficiente como para mantenerme y pocos meses antes había dejado la casa de mi mamá para irme a vivir solo. «¿Cuántos problemas podés tener a los veinte años?». Esa frase la había escuchado varias

veces en boca de algunos que me rodeaban. Y hasta ese momento yo también pensaba lo mismo. Me arrepiento de todas las veces que critiqué a Justin Bieber con un «este boludo tiene todo y es un infeliz».

Pero recapitulemos: estoy en 2012. Hasta ese septiembre fatídico, mi vida había sido una montaña rusa. Ganaba mucho más dinero que cualquiera de mi edad —y que cualquier sueldo promedio de alguien de cuarenta años, me animaría a decir—; salía a bailar de jueves a sábado, y quizá sumaba algún domingo; iba de mesa vip en mesa vip con alcohol gratis en los mejores boliches de Buenos Aires. En síntesis, todo lo que uno cree que son los beneficios de la fama, de lo que ya les contaré más adelante.

Y, sin embargo, seguía siendo tan responsable que ni en el peor de los estados perdía el control por completo. Porque al día siguiente había que seguir trabajando.

Hasta que sucedió lo del auto y todo eso dejó de existir. Me vi solo. Muy solo. Ya no había dinero, mujeres, autos, casas ni fiestas que pudieran devolverme lo que había perdido en el camino: a mí mismo.

No volví a desorientarme. Pero la sensación de que todo se podía desintegrar en cualquier momento se instaló en mí. Algunos días ni siquiera quería salir de mi casa. Trataba de poner en palabras qué era lo que me pasaba, pero no lograba entenderme ni hacerme

entender, ni siquiera con mis amigos más cercanos. Lo único que tenía claro era que había dejado de ser la persona que creía que podía tener todo, siempre, bajo control.

En mi familia nadie sabía lo que me pasaba. Nunca fui de contar demasiado mis sentimientos y mucho menos a mis familiares: estaba acostumbrado a resolver las cosas solo, a no pedir ayuda ni a mostrarme vulnerable. Hasta que una mañana de noviembre directamente me desperté en pánico. Así que intenté deslizar, como pude, que algo no andaba bien. Rosana, la mujer de mi papá, me contó que ella había atravesado una crisis hacía poco —algo que yo no sabía— y me dijo: «Creo que sé quién te puede ayudar». Me pasó el contacto de alguien que yo ya conocía. Se llamaba Claudia, vivía a una cuadra de la casa de mi papá y yo la recordaba como una profesora de Educación Física. Así que cuando la miré a Rosana con cara de confusión —¿cómo me iba a ayudar una profesora de Educación Física?—, ella me comentó que ahora Claudia era terapeuta, que al menos probara, que a ella la había ayudado muchísimo.

Le mandé un mensaje en ese mismo momento. Me respondió a los pocos segundos. Me pidió mi nombre y el de mis padres. Cuando se los pasé, me dijo que nos conocía de toda la vida y que a mí me había tenido en brazos de bebé. Y aunque no confiaba ni en mi propia

sombra, sentí que podía hacerlo en ella. Me dio turno para el lunes siguiente.

—Todo va a estar bien.

Me dijo antes de cortar.

Decodificado

EL LUNES LLEGÓ mucho más rápido de lo que esperaba. Había luchado durante todo el fin de semana contra la sensación de pérdida y ahora no sabía con qué me iba a encontrar. Aunque la conocía, hacía varios años que no sabía nada de Claudia. Ni siquiera sabía en qué momento se había dedicado a ayudar a la gente.

Toqué el timbre. Tenía la boca seca y el corazón acelerado, que empezó a latir aún más fuerte durante los segundos de espera frente al portero. Hasta que por fin escuché el «Ya voy» que vino de una voz que enseguida me resultó familiar. Unos minutos después, Claudia apareció en el pasillo junto a una paciente a la que despidió en la puerta. Me miró y reconocí su particular color de ojos, de un verde mezclado con miel. Me dio un abrazo y, por un instante, me sentí seguro.

Su departamento era chiquito pero cálido, acogedor. Por todos lados había cuadros que ella misma había pintado. Algunos colgados, otros apoyados contra las

paredes, en todos aparecían rostros de mujeres muy bellas con el mismo color de ojos que ella.

—¿Cómo estás? —me preguntó con tono sosegado.

—Como puedo —respondí con una risa nerviosa que trataba de mantener a raya el llanto.

—Bueno, vamos a ver por qué.

Me senté en una esquina y me puse a observar todo el espacio. Sentía una energía que me apaciguaba, como si me encontrara en la casa de algún familiar. La segunda pregunta que me hizo fue la misma que me venía repitiendo a mí mismo desde el episodio en el auto.

—¿Quién sos?

Lo dijo mientras se sacaba las sandalias y apoyaba sus pies en el borde de la silla. Yo estaba sentado en un sillón individual frente a ella y me corrió un escalofrío por el cuerpo. No supe qué responderle.

—No sé... Ga-Gastón —tartamudeé unos segundos después.

Claudia se quedó callada mientras mi mente daba vueltas como un ovillo de lana en las garras de un gato. En una de esas vueltas, probé de nuevo:

—No sé quién soy.

—Ahí está —dijo ella—. Sentís que estás perdido.

Yo no le había contado una sola palabra de por qué estaba ahí.

Tomó un cuaderno de una mesita a su costado y me lo mostró. Vi dibujada una silueta humana y alrededor números que formaban triángulos. También vi marcas y cortes en ese cuerpo, que parecían significar algo. Empezó a leer lo que tenía escrito, y yo traté de retener algunas frases que me resonaron especialmente: «miedo a perder», «exceso de responsabilidad», «niño adulto», «padre de tus padres». A medida que iba escuchando su relato, los ojos se me llenaban de lágrimas. Lo que ella leía era lo que me estaba pasando. Al fin alguien le ponía palabras. Me dijo que no iba a ser un camino fácil, pero que me quedara tranquilo, que en un tiempo me iba a sentir mejor. Yo le pregunté cómo se llamaba esto que hacía y dijo: «Decodificación». Era la primera vez en mi vida que escuchaba ese nombre. Hasta ese día, solo había hecho terapia quince años antes con un psicoanalista del barrio. Y duré dos sesiones.

A Claudia la seguí viendo todos los lunes. Deseaba profundamente que llegara ese día y cada vez que me sentaba, ella me repetía la pregunta: «¿Quién sos?». Yo seguía sin una respuesta. Después de un mes, la ansiedad había bajado considerablemente y empezaba a entender algunos de los conceptos con los que tenía que trabajar. Pero seguía perdido.

En uno de los encuentros me dio un ejemplo que, finalmente, me ayudó a visualizar todo lo que me pasaba.

—Mirá, hacé de cuenta que vos sos un muro gigante lleno de ladrillos. Cada ladrillo es un concepto o una idea que tenés formada en tu cabeza sobre vos mismo y tu alrededor. Muchas de esas creencias no te pertenecen, tienen que ver con el deber ser. Pero quiero que te quedes tranquilo porque esto no te pasa a vos solo, le pasa a todo el mundo.

—Pero no todo el mundo se pierde a veinte cuadras de su casa...

—No, porque vos tocaste fondo y es lo mejor que te pudo pasar.

Esa respuesta, en ese momento de mi vida, parecía un mal chiste. O un premio consuelo. Pero con el tiempo logré comprender a qué se refería.

—Llegó la hora de empezar a armar a Gastón como vos quieras que sea Gastón.

Ese día comenzó un viaje hacia adentro del cual me hice cargo. Entendí que me tocaba enfrentar, de ahí en más, algo nuevo. Haberme «despertado» significaba empezar a ver todos los fantasmas y heridas que tenía guardados en lo más profundo de mi ser. Antes de terminar la sesión, me pidió que cerrara los ojos y que tratara de verme a mí mismo a los siete años. La miré, cerré los ojos, me tomé unos segundos y comencé el viaje.